

Ensayo sobre el recuerdo en tiempos del COVID-19

Por Iván Sanabria

Abril, 2020.



“Adonde quiera que mire, crujen las prótesis morales, traquetean las muletas morales, transitan las sillas de ruedas morales. No es cuestión de que olviden una época como si fuera una pesadilla: pues la pesadilla eran ellos, deberían olvidarse de ellos mismos si quisieran vivir.” (Imre Kertész, 1997).

I

Recuerdo que en algún lugar leí, que vivimos la experiencia del confinamiento como “*una pesadilla en estado de vigilia*”.

II

Recuerdo que, en mi nada desdichada condición, he tenido que aprender a escuchar los signos del confinamiento inscritos en mi cuerpo, porque mi mente se niega a lo fáctico constantemente, me niego a lo implacable del presente.

Lo único que me quedan son las manifestaciones, los efectos y las huellas, posteriormente vendrían las ruinas y los despojos de la emoción.

Una vez más agradezco las bondades, las bendiciones del cuerpo.

III

Recuerdo que si tuviera la energía vital para escribir un artículo en estos momentos, le pondría como título: “La experiencia de lo irreparable en tiempos del COVID-19”.

Pero no lo escribo por decisión, porque prefiero mutar como lo hace el virus, prefiero intoxicarme con la ruptura de sentido en mi encierro personal y con la miseria del infortunio común.

Prefiero hablar desde lo íntimo.

IV

Recuerdo algunas líneas sobre la biopolítica.

Percibo que en este contexto inmunitario de biopolítica ejercida sobre los cuerpos, no es lo mismo hablar de cuerpos que de carne.

Siguiendo la misma línea foucaultiana, hablaríamos de las confesiones de la carne y su más allá, en tiempos pandemia.

Pero, ¿qué quiero decir con esto?

V

Recuerdo lo irreparable en Agamben.

La presentificación de lo irreparable de las paredes porosas de la realidad que aparentemente nos contenían.

Lo siempre irreparable del acontecimiento y del ahora.

Las aberturas de lo irreparable y el balbuceo acerca de la experiencia de lo inefable.

La evidente iluminación del ahora: que no hay protección que no sea agujereada.

¿Cómo habitamos la herida de la “*mano invisible*” de la pandemia?

VI

Recuerdo que quise releer *La enfermedad y sus metáforas* (1977) de Susan Sontag.

Pero no avanzo más del primer párrafo, me es imposible:

La enfermedad es el lado nocturno de la vida, una ciudadanía más cara. A todos, al nacer, nos otorgan una doble ciudadanía, la del reino de los sanos y la del reino de los enfermos. Y aunque preferimos usar el pasaporte bueno, tarde o temprano cada uno de nosotros se ve obligado a identificarse, al menos por un tiempo, como ciudadano de aquel otro lugar.

Lo único común en estos días, para los que hemos podido “vivir” la cuarentena, es sentirnos ciudadanos exiliados en aquel *otro lugar* dentro de nuestros propios encierros.

La ciudad mundi latinoamericana se encuentra adornada por espacios desarticulados en desigualdad, por desgracia esto no es nada “nuevo” para la región, es algo ya normalizado, con lo que estamos aterrorizadxs es por el miedo a las fosas comunes, nos recuerda

demasiado a los fantasmas del saqueo en la colonia y más reciente aún, a esa América Latina hundida en el horror de las dictaduras: los torturados y por supuesto a los desaparecidos.

VII

Recuerdo desde los primeros días la romantización de la cuarentena y la creciente moralización colectiva.

La internalización de la lógica capitalística en nuestras almas.

En nuestros contextos, continúa el trabajo precarizado y el imperativo de rendimiento, la productividad y el máximo aprovechamiento del tiempo fue y es trending topic en redes sociales.

El alcohol antiséptico y las mascarillas se agotaron, los supermercados fueron abarrotados por la paranoia individualista.

Ahora todxs nos suponemos expertos epidemiólogos y políticos con cierto tufo de orientación neoliberal.

En redes sociales, somos especuladores de la posverdad, el nuevo entretenimiento morboso de la precariedad yoica virtual.

Mientras tanto, la mayoría de gobiernos latinoamericanos solo replican modelos que no responden a las necesidades de su pueblo.

Cuánta falta nos hace el desarrollo de un pensamiento situado, los recursos están, pero lo que falta es una dirección (¿voluntad?) política sin las frivolidades del mercado y la acumulación.

VIII

Recuerdo que la subjetividad y su afectación psíquica fue puesta en una segunda categoría por debajo de la primacía del monstruoso y temido cuerpo del infectado.

Y aún así, la cómplice respuesta de la comunidad psicológica permanece intacta al modelo ideal de salud mental médico-psiquiátrico.

Pareciera que el eslogan de respuestas se encierra en: reduccionismos de todo tipo, neutralización de la crisis por empatía y anulación subjetiva breve.

Exacerbación del gerundio clínico: psicopatologizando, clasificando y medicando.

Etiquetar, adaptar y obturar, pareciera que el espacio para el relato del sufrimiento y el silencio de una escucha atenta nunca fue una opción sin una protocolización de acciones morales y de técnicas de relajación.

Higienismo conductual a bajo costo, desde una positividad estandarizada de autoayuda para el cliente ansioso y deprimido, coaching especial para los tiempos de confinamiento y el teletrabajo, neuromarketing para el éxito en sus videollamadas.

IX

Recuerdo a mis estudiante y a la educación en tiempos de cuarentena.

La primera reacción fue suspender lo presencial y encaminarse al traslado a entornos virtuales de tercer mundo, que además resultaron ser excluyentes.

En nuestro contexto, no todxs tienen acceso a internet y a recursos tecnológicos, así como no todxs pudieron guardar la cuarentena.

En su mayoría, los llamados nativos digitales resultaron ser nativos del scrolling en redes sociales y con ello se vislumbra que la obsolescencia programada se ha internalizado en sus mentes.

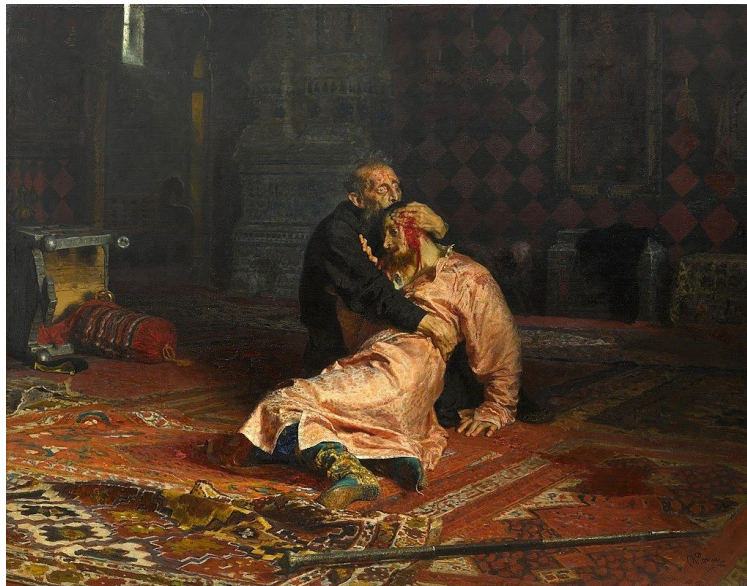
Las discusiones acerca del momento histórico de la pandemia, por medio de memes, videos, pantallazos de noticias y fotografías, no alcanzaron.

Estábamos saturadxs, excedidxs por la abundancia de información y de mandatos sin filtros o algún tipo de distanciamiento sano.

Pese a esto, seguimos con los cursos, continuamos aferrados a la importancia de no darle el más mínimo lugar a cualquier idea que supuestamente “justifique” el cierre total de las escuelas y las universidades públicas.

Resolver con lo que hay, desde lo marginal, una enseñanza muy “a la latinoamericana”, este ha sido nuestro más significativo proceso de aprendizaje y de resistencia.

X



Recuerdo el tremendo cuadro “Iván el Terrible y su hijo” (1885) del pintor ruso Ilía Repin.

Pienso en el estremecimiento de la mirada lúcida de ese padre que mata a su primogénito, pero también pienso en el temperamento de semejante personaje histórico, en la figura del zar, en la dinastía.

Pienso en los actos violentos y genocidas que se le adjudican.

Pienso con miedo en lo regresivo de la celebración e instauración de un poder soberano, en la identificación colectiva degradante con el autoritarismo y la militarización de la salud pública con el obscuro estado de excepción en tiempos de pandemia.

El miedo continúa al observar la risa macabra detrás de los líderes de ultraderecha a lo largo del planeta, la estulticia oportunista de sus “soluciones” y “acuerdos” en tiempos de crisis.

“Confía, pero verifica”, dicta el viejo proverbio ruso.

Todo esto porque he comenzado a ver la serie Chernobyl (2019), un poco tarde pero no a destiempo, no es casual en estos días de sobresaturación mediática.

XI

Recuerdo el dilema moral en disputa, entre la salud y la economía, una vez más el fracaso del reduccionismo binario e ideológico.

Recuerdo el vocablo griego del que proviene economía oikos (casa); y el vocablo latino del que proviene salud salus (salvación).

Rasgos etimológicos ahora convertidos en arcaicos, nos encontramos frente al predominio eufemístico de la ideología en un campo semiótico capitalístico.

XII

Recuerdo las plagas y la pestilencia en la premoderna mitología judeo-cristiana, cuya causa fundamental era el poder soberano de la condena ejercida por un Dios profundamente violento y castigador.

Un Dios cumpliendo su fantasía sádica de culpabilización, destierro y de venganza.

La mórbida relación entre el creador con su creación, entre lo divino con lxs mortales, se debe a que la corrupción humana es tendiente a la desmesura, digna de penitencia y expiación, de aleccionamiento moral y de una posible nueva alianza.

Después de la ira de Dios, lo único que posibilitaría el arrepentimiento de los sobrevivientes es el reconocimiento de sus pecados.

En el atípico abril del 2020, una semana santa aciaga, desolada y sin procesiones parroquiales, con los templos y las calles cerradas por el confinamiento, ¿cuáles pecados o tributos seculares estaremos pagando y tendremos que reconocer a la versión tardo-moderna de este Dios-cualsea?

*¡Lo que es Dios no se sabe! No es luz, ni espíritu,
Ni éxtasis, ni el Uno, ni lo que se llama divinidad,
Ni sabiduría, ni intelecto, ni amor, voluntad, bondad,
Ni tampoco cosa, ni no-cosa, no es ser o afecto.
Es lo que yo y tú y toda criatura
No lo experimentaremos hasta que no seamos lo que Él es.
("El peregrino querúbico" 1657, de Angelus Silesius).*

XIII

Recuerdo que la simbología arquetípica con la que se representa a San Juan es el águila, el ave poderosa de ojos más grandes que su cerebro, un ave cuya potencia reside, dicen algunos, en que piensa con los ojos.

Del Evangelio de San Juan se conoce el pasaje de la duda de Tomás, el discípulo incrédulo de la supuesta Resurrección de Jesús, aquel que declara que hasta que no viera sus estigmas, metiera el dedo en el orificio de los clavos y su mano en las llagas, no iba a creer.

La gran enseñanza de Jesús a su infiel discípulo fue la sanción moral sobre la fe: "bienaventurados los que no vieron y creyeron", le reprochó el hijo de Dios.

Con esto, tenemos que el escéptico Tomás se convierte así en el paradigma del sujeto hipermoderno, como aquel que cree que necesita ver y a partir de ahí cree, como aquel seducido por los encantos de la mirada.

Una fijación por las imágenes y su fascinación gorgónica.

En el confinamiento nos organizan la mirada de lo que no vemos, esto se convierte en amenaza suprema, en imperativo de ver montajes para estar “seguros” detrás de nuestras pantallas.

Nada parece capaz de mellar la teología de las imágenes capitalísticas, la fe en las imágenes y sus datos estadísticos hipervisuales, la ilusión se multiplica y la adoración persiste en el martirio de la espera de una vacuna o de alguna buena nueva.

XIV

Recuerdo la sorpresa que me dio detallar de qué manera los objetos tecnológicos se han instalado en nuestras vidas.

La actual supeditación a la tecnología y a los datos es increíble.

Estas infoesferas tecnológicas nos regulan más de lo que creíamos, cambian y fagocitan los espacios relacionales, transforman y producen flujos de conectividad afectiva en ideales de rendimiento innovador y mentalidades emprendedoras.

El mundo neoliberal entra en crisis: se mueve a este ritmo vertiginoso de aceleración y desaceleración que lo fortalece, que lo renueva.

Es gracias al “exitoso modelo asiático” de enfrentamiento al COVID-19, que recuerdo que se aproxima la cuarta revolución industrial y pienso, no sin suspicacia, que esto vendría como un primer ensayo o simulacro de la virtualización del nuevo mundo, de su automatización en las futuras sociedades.

La intrusión del control por medio del *big data*, la inteligencia artificial y el diseño biotecnológico en ámbitos y magnitudes jamás antes pensadas.

XV

Recuerdo no hace mucho haber leído que “otro fin del mundo es posible”, irónica pesadumbre que da cuenta de la angustia traumática de toda ausencia de porvenir.

Esto me hace pensar en el desasosiego que siento al expresar algunas ideas que son políticamente “incorrectas”, impopulares al ser temáticas polémicas a los ojos de la moral progresista de turno.

Las mascarillas devienen en mordaza frente a lo insoportable de problemáticas que en este momento “quizás” son asintomáticas pero que por desgracia pronto se podrán ver sus efectos. Ojalá esté equivocado.

Pero mientras esto se confirma: ¿qué hacemos con todo esto?.

XVI

Recuerdo el que ahora se ha convertido en mi mantra insurrecto: *devenir-animal*.

En la superficie quiere decir: reterritorializar lo animal, incorporar la lógica zoonótica como potencia micropolítica, como máquinas de contagio autopoieticas, ya lo dijo Spinoza en su *Ética III*, 6: “toda cosa se esfuerza, tanto como está a su alcance, por perseverar en su ser”.

XVII

Recuerdo que “*recordar*” es volver a pasar por el corazón: me interesa la idea de la vuelta sobre el trayecto, sobre las huellas, los surcos y las cavidades de un órgano vital que bombea. Es nuestra obligación histórica es re-cordar, no olvidar, sino hacer crecer la curva del inconformismo en el presente, pero también en pliegue hacia la redención en la utopía del futuro mesiánico.

Recordar visceralmente sí, pero en un segundo momento buscar nuevas formas de agenciamiento colectivo, de estrategias de lo común.

Como animales gregarios y mitológicos, lo único que tenemos son nuestros cuerpos, nuestros afectos y la causa de lo común que siempre parte de la memoria.

Convertir el grito en acto político, en masificación colectivizante.

Ya lo decía la potencia del pensamiento de Félix Guattari en 1973:

Este añejo mundo, que por todas partes apesta a cadáver, a nosotros nos horroriza y hemos decidido tomar la lucha revolucionaria contra la opresión capitalista allí donde está lo más profundamente arraigada: en lo vivo de nuestro cuerpo.

XVIII

Recuerdo que por segunda vez en este ensayo acudo a Imre Kertész, sobreviviente de Auschwitz y Buchenwald, sobreviviente de la Shoah.

Un escritor que representa para mí lo ominoso de la lucha incansable del ser humano por sostener la dignidad en el ambiente más adverso, a escalas desproporcionales de abyección.

En el ocaso de la palabra propia, siempre recorro a palabras ya escritas que no son mías, palabras que necesito leer como trascendentes, que muevan o desestabilicen mi inactividad e impotencia.

Siempre me he sentido contrariado por la ruina del recurso parásito de adherirme y aferrarme a ideas que no son mías, y por fin creo responderme que en la deriva de este mundo, mi refugio lo encuentro en la hospitalidad del yo-otro, en la fragilidad compartida:

Sin saber ni entender nada, no obstante, me encuentro en el umbral entre la vida y la muerte, con el cuerpo vuelto hacia adelante, hacia la muerte, y la cabeza vuelta hacia atrás, hacia la vida, levantando el pie, indeciso. ¿Hacia dónde se dirige? Da igual, pues quien dé el paso ya no será yo, sino otro... (Imre Kertész, 1997).